LA LUCHA POR EL DERECHO AL AGUA

Mujeres Mazahuas - México

Texto:

Anahí Copitzy Gómez Fuentes
Magali Iris Tire
y Karina Kloster

En septiembre de 2004, tras un año de lucha, las mujeres mazahuas decidieron tomar el mando del movimiento. “Fue cuando nos dijimos: ‘A los hombres les tomaron el pelo o están jugando con ellos, porque no vemos acciones’. Allí es cuando decidimos armarnos de valor y ser nosotras las que encabezáramos la lucha” (Rosalva Crisóstomo, de San Isidro). Armadas simbólicamente con herramientas de labranza y fusiles de madera, formaron el Ejército Zapatista de Mujeres Mazahuas en Defensa del Agua, sobre la base de una estrategia no-violenta.

El Sistema Cutzamala

Tras realizar el trasvase del río Lerma, el Gobierno Federal propuso en 1976 otro gran trasvase a la ciudad de México desde el estado Michoacán, con una capacidad de 19 m3/s. El Sistema Cutzamala, con 140 km de canales, túneles y sifones, enormes plantas de bombeo (178 m de desnivel) y una gran estación potabilizadora, bombea hoy 480 millones de metros cúbicos anuales hasta México DF y los 27 municipios conurbados. En el Sistema Cutzamala se utilizaron ocho presas del Sistema Hidroeléctrico Miguel Alemán, que con anterioridad habían inundado las mejores tierras de las comunidades mazahuas. María Cruz de los Reyes, campesina de San Miguel Xoltepec, recuerda: “Prometieron cosas que nunca cumplieron. Los abuelos perdieron las mejores tierras y quedaron desprotegidos. Y a nosotros sólo nos quedan las tierras altas... que no alcanzan para todos”.

El orgullo nacional por esta obra hidráulica, la más importante del país, ocultó sus impactos sobre la vida de los campesinos: contaminación de ríos, desecación de manantiales, desaparición de flora y fauna, enfermedades por aguas contaminadas y expropiación de terrenos con compensaciones injustas

o, en el peor de los casos, sin siquiera compensaciones. Nunca se evaluó el impacto social y ambiental. Como testimonia Martha Flores Reyes, de San Felipe Santiago: “Ya no hay agua como antes. Antes había una laguna con papas de agua, quelites, pescados, cosiles, la papa blanca y la mazatete, esta flor blanquita que usábamos para hacer un postre, el camote. Pero ya no hay nada, sólo unos cuantos pescados contaminados por los desechos químicos”.

Ni siquiera se tomó en consideración que las comunidades, expropiadas de sus recursos, no tenían agua en sus casas. En municipios como Villa de Allende, según datos oficiales del 2000, más del 68% de las casas no tenía agua ni sanitario y el 22% no disponía de luz. Como explica la comandanta Victoria Martínez: “Nuestras tierras son ricas en agua y nosotras tenemos que acarrearla… Sólo se busca beneficiar a la gente que vive en las grandes ciudades, sin importar la pobreza que genera a las comunidades”.

Emma, de El Jacal, se lamenta: “Somos comunidades abandonadas por el gobierno: no hay agua, no hay luz, no hay nada… Muchas personas no tenemos casa y vivimos con nuestros papás todavía. Muchas casas son de lámina de cartón y se están cayendo… No es justo que estemos dando el agua y no tengamos nada, y los que se la están llevando lo tengan todo”.

La movilización

En septiembre de 2003, los campesinos mazahuas de Villa de Allende vieron inundadas 300 hectáreas de cultivos por el desbordamiento del río Malacatepec, proveniente de la presa de Villa Victoria del Sistema Cutzamala. La reivindicación de compensaciones a la Comisión Nacional del Agua pronto derivó en un conflicto con el Gobierno del Estado de México y con el Gobierno Federal. Tal y como explican Elidia Salzar Marín y Norma González, “Nuestra visión no es el dinero, porque se acaba” sino “luchar por un plan de desarrollo, dotación de agua a las comunidades, pago de daños y restitución de nuestras tierras”.

En febrero del 2004, las mazahuas realizaron su primera marcha de antorchas. Como dice Patrocinio, de la comunidad de Salitre del Cerro, “porque las antorchas son el símbolo del despertar de las conciencias”. Mujeres, hombres, niños y niñas mazahuas permanecieron apostados día y noche ante la planta depuradora durante más de un año. Las acciones se intensificaron cuando las mujeres decidieron tomar el mando: un sin fin de marchas a la ciudad de México, huelgas de hambre, manifestaciones y plantones, siempre ataviadas con sus hermosos trajes y con sus hijos a la espalda. Autonombradas “comandantas” y armadas simbólicamente con herramientas de labranza y armas de madera, las mazahuas decidieron dialogar sólo con funcionarios de alto rango, con capacidad de decisión. Griselda Crisóstomo, de San Isidro,

explica: “No sabíamos qué era ser una comandanta ni qué era sentarse a una mesa de negociación. Conforme pasó el tiempo nos fuimos dando cuenta y asumimos la responsabilidad”. La comandanta Victoria Martínez añade: “Tomamos las armas simbólicas y bajamos a la capital para preguntar a la opinión pública si así teníamos que defender el agua. Esto provocó un gran impacto. No habíamos calculado la magnitud mediática que iba a alcanzar”.

La movilización terminó con acuerdos negociados. La gente volvió a trabajar a sus comunidades, pero advirtiendo que volverían a movilizarse si los acuerdos no se cumplían.

“Como quiera que sea, nuestra vida ya cambió”

La organización de las mujeres mazahuas se centró en conseguir agua en sus hogares. Como relata Rosalva Crisóstomo: “Es un sufrimiento porque, por ejemplo, nos vamos a lavar a los ríos. Cuando no tenemos un caballo o un burro, tenemos que cargar las maletas y tenemos que cargar los niños, todo el día tienen que estar ellos en el rayo del sol... y pues no es igual estar en casa y tener el agua... Hay más enfermedades no teniendo el agua”.

Las mazahuas supieron vincular el movimiento de mujeres, el movimiento indígena y el movimiento ambientalista en la lucha por el derecho humano al agua potable.

Las mujeres avanzaron en conciencia social y de género elevando su autoestima. Norma González afirma: “Normalmente eran los hombres los que decidían y la mujer cuando quería hablar, ¡tú cálmate!, ¡tú métete a la cocina!... Todavía se ve en estos tiempos, el que manda es el hombre, entonces para nosotras es como una liberación muy buena. No tan sólo te ganas el respeto de la gente de fuera, sino de tu propia casa, porque por ejemplo, yo siento que mi esposo ya me tiene en otro concepto. Ellos mismos se van a dar cuenta que ya no es cosa de gritarnos y meternos a la cocina, porque ya no vamos a entrar tan fácil. Que obviamente nosotras no dejamos de ser madres y amas de casa y sabemos nuestras responsabilidades, pero como mujeres es muy importante que seamos tomadas en cuenta, que tengamos la misma igualdad”.

En los últimos años, dos mujeres, María Cruz de Paz y Elidia Salvador Marín, fueron elegidas para los comisariados ejidales (cargo de gran prestigio responsabilidad) de Sultepec y de la Comunidad Salitre del Cerro. Finalmente se han conseguido algunas compensaciones por los cultivos inundados, la reversión de terrenos expropiados y no utilizados por el Sistema Cutzamala y el abastecimiento de agua potable para un buen número de localidades, aunque otras han sido marginadas de estos beneficios. Por otro lado, como parte de su plan de desarrollo integral sustentable para toda la región, se ha

iniciado por las propias comunidades la reforestación y la recuperación de humedales; se han organizado microempresas y cooperativas de producción y comercialización de productos agropecuarios que evitan la emigración de hombres y mujeres de México. Pero más allá de todo ello, las comunidades mazahuas han puesto en valor su cultura, su identidad, costumbres y tradiciones como pueblo, recuperando el orgullo por su lengua y su vestimenta especialmente las mujeres.